



Testo Yonki
Beatriz Preciado
Madrid, Espasa Calpe, 2008

“Contrariamente a la teoría del estado [sic] del espejo lacaniano, según la cual la subjetividad del niño se forma cuando éste se reconoce por primera vez en su imagen especular, afirmo que la subjetividad política emerge precisamente cuando el cuerpo/la subjetividad no se reconoce en el espejo. [...] El des-conocimiento, la des-identificación es una condición de emergencia de lo político como posibilidad de transformación de la realidad” (284). Y es justamente la des-identificación –junto a la “intoxicación voluntaria a base de testosterona sintética” (15) llevada casi hasta la adicción reflejada en el título– el hilo rojo que atraviesa este singular ensayo “corporal”, que pretende inscribirse en la trayectoria de continua “transformación y autoexamen” propia del pensamiento feminista ya desde los años setenta (235). En primer lugar, des-identificación de la filósofa Beatriz Preciado de los géneros sexuales, hasta llegar a un estado de deseado vacío de las identidades sexuales –“[n]o hay conclusión definitiva acerca de la verdad de mi sexo”, anuncia la autora ya al principio del texto (16)– porque, como explicará más adelante, “[n]inguno de los sexos que incorporo posee densidad ontológica” (104); des-identificación del feminismo estatal, definido como un feminismo “gris, normativo y puritano que ve en las diferencias culturales, sexuales o políticas amenazas a su ideal heterosexual y eurocéntrico de mujer” (235-236); des-identificación del movimiento gay y lesbiano, de “sus alianzas con los poderes médicos, jurídicos y mediáticos” (p. 208) y de “sus demandas de integración en la sociedad heterosexual dominante” (235); des-identificación de la “izquierda mojigata de Act Up” (304), pero también des-identificación, de la palabra *queer*, porque sometida ahora “a un proceso creciente de reificación y mercantilización” (239) que ha acabado por banalizar su “potencial subversivo” transformándola en “una identidad” (*ibid.*); y sobre todo, des-identificación de lo que la autora, siguiendo a D. Haraway, llama las bio-mujeres, porque son “criaturas físicamente débiles”, “incapaces de encontrar satisfacción en la vida, políticamente muertas antes de haber dejado de respirar” (107), cuando no simplemente “amebas de alto diseño” (292).

El resultado de este proceso de des-identificación de las principales posiciones que habitan el panorama teórico surgido del pensamiento feminista es un extraordinario ejemplo de doble funambulismo –entre los géneros, las identidades sexuales, la feminidad y la masculinidad normativas, por un lado, entre el ensayo crítico y el relato autoexperencial, por el otro–, un diálo-

go entre pasado y futuro del feminismo en el que un análisis atento y severo de las aportaciones más relevantes (Foucault, de Lauretis, Butler, Haraway, entre otros) se alterna, en capítulos separados, con minuciosas descripciones de las mutaciones físicas provocadas en el cuerpo de una bio-mujer por la administración de testosterona en gel, pormenorizados inventarios de prácticas sexuales, con y sin dildos, sentimientos, pasiones, duelo y deseos de un sujeto que, como confiesa la misma Preciado al comienzo de su recorrido, no sabe si acabará siendo un “transgénero adicto al feminismo” o una “feminista adicta a la testosterona” (24). Sirva como ejemplo de este inextricable entrecruzamiento el siguiente pasaje:

Mientras follamos siento que toda mi historia política, que todos mis años de feminismo avanzan directamente hacia el centro de su cuerpo, se derraman sobre ella como encontrando en su piel su verdadera y única playa. Mientras me corro encima, borbotan a mi lado Wittig y Davis, Woolf y Solanas, la Pasionaria y Kate Bornstein. Ella está cubierta de mi feminismo como por una eyaculación fina, como por un océano de purpurina política. (80)

Es bien sabido que ya a finales de los años noventa, la afirmación de las teorías *queer*, los estudios gays y lesbianos y los “Transgender Studies” ha conllevado un indiscutible declive e incluso rechazo del significante “mujer”, considerado obsoleto, tanto desde el punto de vista teórico como político y académico. En el marco postestructuralista y en oposición al feminismo de la diferencia sexual, han surgido los que se han autonombrado “feminismos disidentes”, “postfeminismos” o, según la definición de la autora, “feminismos para los monstruos” (235) que sostienen la tesis de una subjetividad más allá de los géneros o “post-géneros” y que conciben la subjetividad como un cruce de diferencias que niega cualquier esperanza de devolver el yo a su utópica unidad decimonónica. El sujeto nómada de Rosi Braidotti, el sujeto ex-céntrico de Teresa de Lauretis, el *queer* de Judith Butler, el *cyborg* de Donna Haraway, para citar tan sólo algunos ejemplos, son las nuevas, poderosas configuraciones que parecen ganar potencial político en la medida en que se alejan del significante “mujer” y que ambicionan abarcar la complejidad del sujeto femenino-feminista, sacudido por una ya irreversible motilidad del género, que no es más que ficción, máscara, impostura.

Sin embargo, la autora sitúa su propuesta política más allá de las mencionadas figuraciones y en diálogo con un conjunto de nuevos discursos surgidos de “aquellos ámbitos que se habían pensado hasta ahora como bajos fondos de la victimización femenina” (236), a saber, las trabajadoras sexuales, las actrices porno y “los insumisos sexuales” (237), que dejan de ser objetos pasivos de la mirada apropiadora del macho occidental para erigirse en sujetos de las representaciones pornográficas (*cf.* 184). En efecto, situándose fuera del estancado debate entre esencialismo y constructi-

vismo que, según Preciado, ha permitido a las políticas estatales utilizar “la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social” (82), el nuevo feminismo se ofrece como pensamiento “lúdico y reflexivo que escapa al ámbito universitario para encontrar en la producción audiovisual, literaria o performativa sus espacios de acción” (238), un feminismo, pues, portador de una estética “postporno” que quiere resignificar aquellos “códigos normativos que el feminismo tradicional consideraba como impropios de la feminidad” (239).

En la sociedad “farmacopornográfica”, que ambiciona a tener “el control y la producción” (188) del cuerpo deseante hasta el punto de que todo “chute y eyaculación” están “políticamente programados” (66), en el paradigma económico actual, en el que tiene lugar una exponencial “pornificación del trabajo” –que debe producir placer y excitación en el consumidor (*cfr.* 185)– y en el que la pornografía “no es simplemente una industria cultural entre otras, sino más bien el paradigma de toda industria cultural” (183), la filosofía no puede limitarse a observar y analizar, sino que debe convertirse forzosamente en “arte de vivisección”: “Una filosofía que no utiliza su cuerpo como plataforma activa de transformación vital es una tarea vacía. Las ideas no bastan. El arte no basta. El estilo no basta. La buena intención no basta. La simpatía no basta” (251-252). De ahí la necesidad, “como feminista”, de “testar sobre el propio cuerpo los efectos farmacopolíticos de las así llamadas hormonas sintéticas” (247), de transformarse en “rata de su propio laboratorio” (248).

La intoxicación voluntaria a la que se somete la autora, su hacerse autocobaya no surge, pues, de una voluntad de transformarse en hombre –“[s]oy lo que soy y la medicina no va a autorizarme a ser más hombre de lo que siempre he sido” (169)– sino del proyecto político de dinamitar los protocolos médicos a través de una forma de “bioterrorismo de género a escala molecular” (16), que se apropia de las hormonas sexuales en cuanto “biocódigos libres y abiertos cuyo uso no debe estar regulado ni por el Estado ni confiscado por las compañías farmacéuticas” (16), pero también de la “ilusión de la posibilidad de transitar de una ficción del sexo a otra” sin la cual, como admite la misma Preciado, la aplicación de testosterona sería simplemente, “como el Prozac, la coca o el speed, un buen chute” (110).

Retomando la lección de Benjamin y Freud, entre otros, porque antes que ella decidieron hacer de su cuerpo un terreno de ensayo, administrándose, respectivamente hachís y cocaína, Preciado analiza desde dentro, más que desde cerca, los efectos de los “nuevos venenos” sobre la personalidad y la sexualidad; mientras el cuerpo de la autora, cuerpo individual, se vuelve tragaluz de toda una sociedad y un entero sistema económico. Se trata de una sociedad habitada por “subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos” (33), en la que los cuerpos ya no son organismos, sino como ya sentenció Haraway, “entidades tecnovivas multiconectadas” (39). En ella, las tecnologías de subjetivización han abandonado la antigua ambición de controlar el cuerpo desde el exterior “como aparato ortoarquitectónico externo” para entrar a “formar par-

te del cuerpo”, “diluirse en él”, “convertirse en cuerpo” (66). Sin embargo, advierte la autora algunas páginas más adelante, no se puede ya hablar de cuerpos dóciles que se dejan dominar por el poder porque, en la sociedad actual, “no es el poder que infiltra desde fuera” sino que “es el cuerpo el que desea poder, el que busca tragárselo cada vez más, comérselo, administrárselo, metérselo, más, cada vez más, por cada orificio, por cada vía posible de aplicación”; es el cuerpo el que desea “hacérselo con el poder” (136).

¿Qué pasaría, entonces, en esta sociedad –se pregunta Preciado en el curso de su experimentación– “si las bio-mujeres comenzaran a administrarse colectiva y masivamente dosis suficientes de testosterona como para ser identificadas socialmente como bio-hombres?” (155); ¿tendríamos quizás hombres más dóciles y mujeres más excitadas, más fuertes, más seguras de sí mismas? En efecto, aunque la testosterona no sea en absoluto identificable con la masculinidad (*cfr.* 109), parece producir no sólo algunas características físicas que se suelen asociar al sexo masculino, sino también algunas supuestas ventajas como “una lucidez extraordinaria de la mente acompañada de una explosión de ganas de follar, de caminar, de salir, de atravesar la ciudad entera”; además “se desvanecen absolutamente todas las sensaciones desagradables” y queda “simplemente, el sentimiento de estar en adecuación con el ritmo de la ciudad”, y “una impresión de fuerza que refleja la capacidad expandida” de músculos y cerebro (24). La capacidad de los hombres de ver siempre su figura al doble de su tamaño natural no se debía, pues, como había supuesto ingenuamente Virginia Woolf, al carácter de espejo que ejercía lo femenino, sino a la presencia en sus cuerpos de una mayor dosis de testosterona.

No sorprende, por ello, que la autora no encuentre explicación al hecho de que, “en una situación en la que la inferioridad política de las mujeres se oculta tras una aparente igualdad legal”, no haya “una masa de bio-mujeres que trafican y consumen testosterona para acceder a la posición hegemónica” (154), posición que suponemos es, para Preciado, la actualmente ocupada por los bio-hombres. Será porque, como concluye la misma, “las bio-mujeres no quieren el poder, prefieren seguir teniendo excusas para no triunfar, para no ganar dinero, para no tomar decisiones por sí mismas, para no dirigir los países en los que habitan, para no ser las únicas responsables de su placer sexual, de su mediocridad o de su éxito” (154).

Que la ciencia fuera un padre ya lo dijo Irigaray hace más de tres décadas, y la inexistencia de un método anticonceptivo hormonal para los hombres ha dejado de despertar perplejidad por lo menos desde la aparición del Viagra; no obstante, en el análisis histórico de Preciado, parte de la responsabilidad política del cariz sexuado de la investigación científica se debe también a las mujeres, y en particular al feminismo liberal que efectuó un “pacto diabólico con el sistema farmacopornográfico” (153) al hacer de la píldora uno de los símbolos de emancipación y liberación sexual de las mujeres, sin cuestionar el hecho de que este cóctel de estrógenos y proles-terona conllevaba una disminución de deseo y placer sexual en la que lo consumía hasta convertirla en una “hembra sumisa, de grandes senos, hu-

mor depresivo pero estable, sexualidad pasiva o frigidez” (142). Aspecto éste ignorado entonces como ahora, puesto que la píldora se sigue recetando sin que se mencione su carácter de instrumento de control del placer. Y si las mujeres consideran su difusión como signo de autogestión de la sexualidad femenina es simplemente porque, en la era farmacopornográfica, el sistema ya no necesita ejercer algún control sobre quien ha aprendido a controlarse por sí mismo. El feminismo liberal hubiera podido, contraataca la autora, avalar otros métodos anticonceptivos, como “la masturbación técnica obligatoria, la huelga sexual de las mujeres heterosexuales y fértiles, el lesbianismo masivo, la ligadura de trompas obligatoria desde la adolescencia, el aborto libre y gratuito, incluso el infanticidio, si fuera necesario” (152-153), pero no lo hizo, dejando así sin recoger el desafío de pensar otros métodos anticonceptivos “menos tóxicos” para las mujeres.

Sin embargo, ¿basta con la administración de testosterona para ser hombre? La respuesta es que no, porque como explica la autora, “no basta con modificar mi caparazón. De no ser así, pasaré por bio-hombre, pero todo mi sistema de descodificación y de acción política y emocional de la realidad será el de la esclava, la víctima, la chica guapa o la fea, la calentona o la frígida, la hetero o la lesbiana, pero seguiré siendo el segundo sexo” (267). Para ser hombre hay que realizar una “reeducación” del sistema emocional, una “reprogramación del alma” (267) que permita el salto hacia la especie dominante (283). Pero, nos preguntamos, en diálogo con la autora, ¿es posible pensar caminos hacia la autoestima que no impliquen alteraciones hormonales? y ¿qué hacer con las mujeres que no quieren acceder a una posición hegemónica, ni devenir la especie dominante?, o ¿cuál podría ser la aportación a esta revolución por parte de todas aquellas bio-mujeres que no ambicionan a tener “el pene del siglo” (297)? Quizás la respuesta a la investigación corporal de la autora se halle en la melancólica declaración que ella misma, en un gesto de gran honestidad intelectual, sitúa en uno de los últimos apartados del texto: “La edad adulta empieza cuando comprendo que nadie puede hacer nada por mi felicidad: ni mi madre, ni mi padre, ni la sociedad, ni el Estado, ni mi novia, ni una puta, ni la testosterona” (304-305).

El trabajo de Preciado es sin duda una de las aportaciones más radicales al actual discurso político feminista o, mejor dicho, postfeminista. Sin embargo, a los brillantes neologismos y el tono demoledor que caracterizan los capítulos acerca de los proyectos de transformación social, se contraponen la vieja y nostálgica pareja “muerte”/“vita eterna” que aparecen, respectivamente, como título del primer y el último capítulo del libro. Así como igualmente nostálgica resulta la imagen de una boda entre dos mujeres celebrada delante de una tumba por el espectro de un poeta muerto (*cfr.* 310) que cierra el texto.

Los sentimientos, que en las declaraciones iniciales de la autora, deberían haber aparecido sólo en calidad de material humano atravesado por la “historia del planeta, de la evolución de las especies vivas, de los flujos económicos, de los residuos de las innovaciones tecnológicas” (15), acaban por ocupar un lugar antagónico respecto a la “arrogancia de la testosterona”

Testo Yonki

(175); al proyecto de aborto masivo, a la propuesta-*boutade* de transformar “cada McDonald’s en un servicio ginecológico de aborto libre y gratuito en todos los barrios urbanos” (137n.), hace eco la imagen de un hijo “que no [se] tuvo”, “cadáver diminuto agarrado a los hombros” de una madre-tumba, mientras el “tropismo del cuerpo de B. P. hacia el cuerpo de V. D.” sigue siendo, como toda experiencia de deseo, una “ocasión irrenunciable de perfección y ruina” (15). Así que, diríamos, también para el nuevo sujeto del postfeminismo, sujeto “hormonal, electroquímico, mediático, ultraconectado” (121), el deseo parece quedarse estancado en aquel movimiento hacia el vacío de lacaniana memoria o, si se prefiere, en su lugar de límite que forzosamente expone el yo político al desmoronamiento ideológico.

ANNALISA MIRIZIO
Centre Dona i Literatura